

El papel de las letras en la cultura colombiana

CARLOS ORLANDO PARDO

La cultura no es, como puede suponerse, una especie de estatua colocada para remembranzas u homenajes, sino la posibilidad cierta del movimiento espiritual de un pueblo. De allí que, en muchos sentidos, el exámen así sea superficial por éste territorio, nos ofrece sin lugar a dudas la mas cercana verdad para un análisis de la república. Porque la cultura, como alguien afirmaba, es el resultado de cultivar los conocimientos humanos y de abrir el camino adecuado para perfeccionar las facultades intelectuales del hombre. Por ello, el conjunto orgánico de valores que se manifiesta en la capacidad creativa de individuos o grupos, nos ofrecen una visión particular del mundo a través de una lengua y una geografía común que nos identifica en la latinoamericanidad y que perfilan el rostro de nuestro atraso o progreso. Y no solo en el terreno de lo abstracto, porque ya existen demasiados casos para entenderlo como un hecho material, social y económico. Las letras vienen a ser una manera de descifrar el mundo y de descifrarse a sí mismo. Son un elemento auxiliar del conocimiento histórico, sociológico y político y hasta nos indican el desarrollo y destino de un país. Las letras cumplen en todo sitio y lugar papel protagónico, así sea en medio del subdesarrollo con secuelas dramáticas como la del analfabetismo. Y en parte porque son un canto a la desdicha y una radiografía del fracaso. Constituyen una especie de cargo de conciencia para una nación que es examinada a través de su lente, con balances que muestran los pecados graves o veniales que nos clasificara el padre Astete. Son, el planteo de la crisis y el desaffo para convertir la vida en un juego peligroso o divertido, para mirar des-

de unas páginas lo fátuo o lo inmortal, el compromiso o la evasión y poblar de fantasmas que asustan o recrean el tránsito del hombre. Es como cierta incierta historia que nos contaron en el bachillerato hace ya años y ante la cual aprendimos una sucesión implacable de mentiras que nos ayudaron a ver de alguna manera la verdad. Y es esta, genéricamente, la clase de tarea que en lo general han cumplido en nosotros.

Si afirmó peyorativamente que Colombia era una tierra de leones, otros la denominaron con mayor éxito como una tierra de poetas. Y esto realizó una carrera tal que para alcanzar la presidencia se debía haber escrito por lo menos un libro. Pero hay otros antecedentes. Desde nuestro descubridor que hizo un diario mediante el cual empezaron a conocernos en el viejo mundo, pasando por el mismo fundador de Bogotá y recordando ahora el papel de las tertulias por los días de la independencia, vemos que las letras, sin calificarlas aquí de obras acabadas en el riguroso sentido estético, empezaron a cumplir un papel destacado en la cultura colombiana que irá a ser una especie de conducta marcada en los días que vivieron. Se llegó a tener como consigna aquello de sacrificar un mundo para pulir un verso, y en tiempos más recientes, sectores progresistas despulieron los versos para tratar de salvar al mundo. De todas maneras, para uno y otro lado, cumplen entonces las letras un papel de importancia.

Isaac hizo llorar a mucha gente con el hoy señalado cursi noviazgo de la María y Rivera conmovió a sus lectores pintando lo inhóspito de la selva y la explotación de los caucheros. Marroquín, por el contrario, divirtió las veladas de familia y los actos culturales de las escuelas públicas con su famosa flaca sobremanera Perrilla mientras otros se divertían con la venta de Panamá. Valencia descubrió para sus contemporáneos a un santo que hizo famoso y dos lánguidos camellos de elásticas cervices. Vargas Vila desarmó con su pasmosa y admirable pluma panfletaria el espíritu porcino de los dictadores y logró por otra parte convencer del suicidio a los seguidores de sus novelas rosa. Silva marcó una época provincial con el clavel y las lágrimas y Carrasquilla alcanzó la maestría con historias amables para tiempos poco divertidos. Todo ello para mostrar superficialmente y no caer en un catálogo de inventarios que nuestros escritores han logrado para bien unas veces o para mal según otros un papel destacado en la república. Hoy recorreremos el camino de la música o la marihuana en las novelas de Caicedo o Magil, la ciudad intermedia con sus acartonados personajes de coctel co-

marcano con obispos, caciques y contrabandistas en Perozzo, la épica de personajes casi bíblicos con su consecuencia mercantil en Pedro Gómez Valderrama y la erótica, la violencia poetizada en diversos matices con las obras de Cruz Kronfly o Jorge Eliécer Pardo. En síntesis, el paseo turístico mas descabellado desde el punto de vida espiritual para palpar nuestra vida o la que nos rodea sin que a veces lo advirtamos, está visto dolorosa o agradablemente cuando nos subimos con tiquete de primera o de segunda en el bus sin estaciones de la literatura colombiana que para nuestra fortuna no respeta semáforos en rojo.